

La pena del Amor y los regalos del mundo

Una historia adaptada del *Memorial de los amigos de Dios*, 'Attār

Cuentan que en una ocasión Rābe'ah estuvo ayunando durante siete días y permaneció en vigilia por las noches. Afligida la octava noche de terribles punzadas de hambre, su «yo inferior» (*nafs*) empezó a quejarse. «¿Cuánto tiempo más vas a someterme a este tormento?» De pronto, oyó un golpe en su puerta. Rābe'ah abrió y se encontró con una dama que nunca había visto antes, de pie frente a la puerta.

«¿Eres Rābe'ah?» Preguntó la mujer.

Rābe'ah contestó, «Sí», y la mujer le entregó entonces una cazuela con comida, diciéndole: «Por favor acepta esta comida sencilla pero preparada lícitamente. Soy una pobre mujer y no tengo fuerzas para llevar la vida santa que tú llevas. Sin embargo, con este pequeño regalo intento demostrarte mi admiración por ti».

Diciendo esto, la mujer se volvió y, antes de que Rābe'ah pudiera decir nada, se alejó.

«Bueno —pensó Rābe'ah— supongo que no tengo más remedio que aceptar esta comida, y romper con ella mi ayuno. De lo contrario se malgastará.»

Una vez dentro de su habitación, dejó la cazuela en el suelo y fue a buscar una vela para tener un poco de luz y romper su ayuno. Al volver vio que el gato había volcado el recipiente y se estaba comiendo el contenido.

«Bueno, ¡que así sea!», murmuró Rābe'ah, y mientras salía de la habitación en busca del cántaro, pensó: «Romperé

mi ayuno con agua». Pero en ese instante se apagó la vela. Quedándose a oscuras, intentó saciar su sed llevando el cántaro a la boca, pero se rompió el asa del cántaro estrellándose contra el suelo.

Al ocurrir esto, Rābe'ah suspiró de tal manera que parecía que la casa iba a arder. «¡Oh Dios!», exclamó perpleja, «¿porqué me haces esto, y me dejas tan desamparada?»

«No te aflijas Rābe'ah», le dijo una voz misteriosa, «si lo deseas, te concederé todos los bienes y regalos de este mundo, pero, a cambio, retiraré la pena de mi Amor de tu corazón; pues el regalo de mi Amor y los regalos mundanos no tienen cabida al mismo tiempo en el mismo corazón. ¡Oh Rābe'ah!, tú tienes tus propósitos, y Yo los míos; Mis propósitos y los tuyos no pueden juntarse en un mismo corazón».

Al oír esas palabras, Rābe'ah separó su corazón tan absolutamente de este mundo, y reprimió sus deseos tan totalmente, que en los últimos treinta años de su vida realizaba cada oración como si fuera la última de su vida. Rompió tan absolutamente sus lazos con la gente que, por miedo a que alguien pudiera distraerla o de que algo, que no fuera Dios, ocupara su corazón, rezaba así al caer el día: «Señor, comprométeme sólo contigo, para que nadie pueda distraerme de Ti».

